



INFOBAE

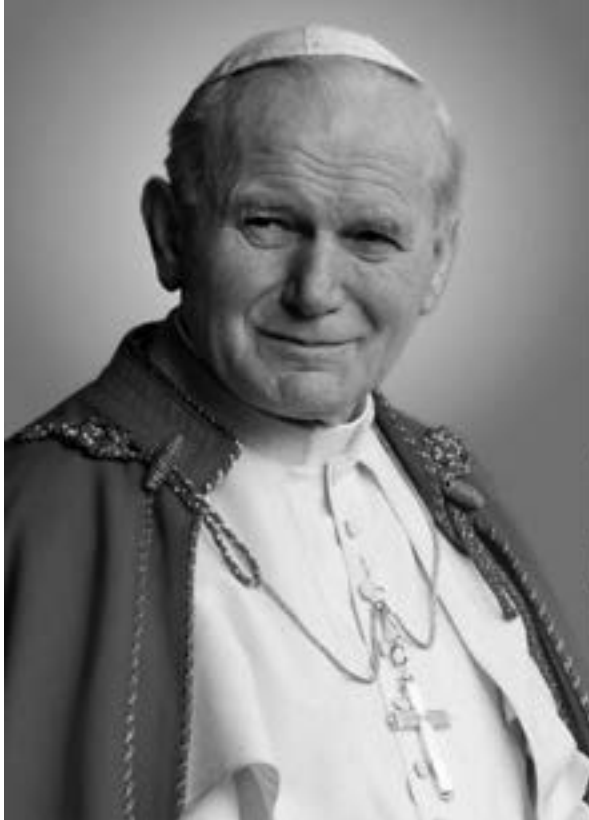
Diagnóstico eclesial

Francisco, el papa antipopulista y el péndulo de Laclau en tiempos de Trump, Maduro y Bolsonaro

Alfredo Ignacio Poggi*

Ha pasado un lustro desde el 13 de marzo 2013, cuando el cardenal Jorge Mario Bergoglio fue elegido como sucesor de Pedro, tiempo suficiente para salir de las perplejidades y vaticinios iniciales. El autor perfila su estilo de liderazgo y su proyección doctrinaria en el marasmo actual

En septiembre de 2015, el papa Francisco dio un histórico discurso frente al Congreso de Estados Unidos. Washington DC, la capital de la primera potencia mundial, estaba paralizada. El gobierno norteamericano había desplegado un operativo militar que se asemejaba a una guerra, entre cientos de helicópteros, patrullas, tanques y soldados. A las afueras del Capitolio, miles de personas de diversas edades, posturas políticas y religiosas, entre las cuales me encontraba yo, escuchábamos atentamente el mensaje del pontífice. El escenario era estremecedor, como si se tratara de una película de Hollywood. Con un inglés rudimentario pero claro, el Papa pronunció un poderoso discurso que resonó en el escenario político mundial



San Juan Pablo II.



San Juan XXIII.

IGLESIAACTUALIDAD - WORDPRESS.COM

del siglo XXI. Mientras hablaba, los republicanos aplaudían de pie algunas de sus oraciones, mientras que los demócratas hacían lo mismo con otras. Había una confusión general. Detrás del Papa, el presidente de la cámara de representantes, John Boehner lloraba, y renunciaría luego de la visita del pontífice, en lo que se consideró parte del “Pope Francis effect”. Pero Francisco no entraba dentro de las categorías que gobiernan la política y la sociedad estadounidense. ¿El Papa era conservador o liberal?, se preguntaban los medios de comunicación. ¿Francisco era de izquierda o de derecha?

LA PLURALIDAD EN EL CATOLICISMO

La duda no se despejaba apelando al catolicismo. La Iglesia católica no es un cuerpo uniforme, sino que existen diversas posturas socio-políticas dentro de ella. Un ejemplo de esto, es que a pesar del discurso del Papa a favor de los inmigrantes, más de la mitad de los católicos norteamericanos votaron por Trump, y lo mismo sucedió en países europeos como Italia. Otra de las ideas que se filtró para analizar este complejo personaje era el de populista, al estilo peronista. Es verdad que el Papa, en su juventud, fue cercano al peronismo. Sin embargo, esta afirmación implica dos falsedades. La primera es que el peronismo es un cuerpo doctrinario estable y coherente. Nada más lejos de la realidad. Dentro del peronismo se gestó tan solo en las últimas tres décadas dos visiones opuestas, el neoliberalismo salvaje de Menem y el proteccionismo de izquierda de los Kirchner. Incluso el mismo Juan Domingo Perón mantuvo diferentes posiciones políticas, y acobijó a nacionalistas cercanos al

fascismo europeo y comunistas radicales. Y la segunda falsedad, es considerar a un hombre pragmático y crítico como Francisco incapaz de cambiar de posición a lo largo de su vida.

La crítica de populista, no obstante, permanece en el imaginario colectivo apoyado por algunos medios de comunicación, que no encuentran calificativos para encasillar a tan complejo personaje. Ernesto Laclau, quizás el mayor teórico contemporáneo del populismo, trabajó dicho concepto basado en su experiencia del peronismo. Para Laclau, el populismo es un modo de gobierno opuesto al institucional. El populismo se da cuando una persona o un partido logra encarnar las demandas de diversos grupos sociales, con un discurso indefinido y la polarización de la sociedad en dos: demandantes y demandados. En términos filosóficos, el populismo se da cuando un significativo vacío logra crear una cadena de equivalencias entre los grupos necesitados, y se sostiene con un antagonismo social. Por ejemplo, Trump logró ganar el voto de los pro vida, los pro armas, los antiinmigrantes, los que perdieron sus empleos, los cansados de la burocracia de Washington, etcétera, con un discurso sin ninguna medida concreta y creando una polarización del país. Nada tiene que ver un grupo con el otro, pero depositan sus demandas en Trump, ya que creen que las instituciones no podrán solucionar sus problemas. De ahí, que el populismo es, lo que se denomina, *anti-establishment*.

¿UN PAPA ANTIPOPULISTA?

Si tomamos esta definición de Laclau, podemos decir que el papa Francisco es antipopulista. Pri-

mero, siempre se mantuvo fiel a la institucionalidad de la Iglesia católica, incluso en la época más polarizada de la Argentina. De hecho, de no haber sido Papa, los argentinos hubieran seguido considerándolo aliado de la dictadura militar. Algo que se probó falso después de un extenso juicio. El Papa, en ese tiempo Mario Bergoglio, funcionó de intermediario para salvarle la vida a algunos jesuitas y laicos que se habían unido a los movimientos armados de izquierda. Pero no se unió a ellos, sino que los reprendió por sus métodos de lucha. También, en ocasiones, respetó las decisiones de sus superiores, aunque estaban en contra de su opinión. Por ejemplo, por decisión de su superior, tuvo que mudarse a Córdoba por varios años y dejar su Buenos Aires querido. También, se rumorea que en el 2005, Bergoglio renunció a ser Papa al ver que la votación de Ratzinger no avanzaba, porque él se perfilaba como segundo candidato. Es decir, Bergoglio fue un hombre institucional toda la vida. Si bien cree en los cambios, los hace desde las reformas institucionales y no desde las revoluciones *anti-establishment*.

Otra de las características del populismo es que divide a la sociedad en dos. El papa Francisco es el pontífice de los puentes, del encuentro, no de los antagonismos. Una muestra de ello es que en cada decisión de la Iglesia, el Papa organiza encuentros de diferentes actores y los invita a hablar libremente, incluso a reprocharle cosas. También se rodea de varios cardenales para tomar decisiones de forma conjunta y no arbitraria. Y tiene gestos simbólicos, como la canonización de Juan Pablo II y Juan XXIII al mismo tiempo. Para algunos, el primero es representante de una ala más conservadora y centralista de la Iglesia, mientras que el otro significó la apertura conciliar del Vaticano.

A nivel político, el Papa sabe que los populismos de derecha o izquierda son un péndulo, que generan nuevos radicalismos y al final el retroceso de los países. Los radicalismos se necesitan mutuamente. En la actualidad, fomentado por las nuevas tecnologías de comunicación, existe una idea de que las medidas radicales e iracundas pueden solucionar la injusticia social. Martha Nussbaum denomina esto la política de la ira, que es la emoción de sentir que alguien me hizo mal y por ende debe pagar las consecuencias. Si bien la ira puede motivar al cambio social, si no está conducida al futuro, se puede convertir en solo un ajuste de cuentas. La ira descansa en una idea vengativa de justicia, de que si el otro paga lo que me hizo mal, de alguna forma se recupera un balance “metafísico”. Pero la verdad es que si alguien asesina a mi hermano, por más que le mate su hermano, nunca recuperaré a mi familiar. El papa Francisco reconoce que la justicia tiene que estar enfocada al futuro, que sirva como ejemplo pedagógico, y que no se limite a una forma retributiva.

Finalmente, el papa Francisco hace énfasis en la misericordia, la cual es una virtud anti-populista en sí misma. La compasión tiene muchos seguidores, pero no sucede lo mismo con la misericordia. La compasión (en latín es sufrir con) es cuando uno siente el dolor “inmerecido” de otro y hace algo para aliviarlo. La parábola del buen samaritano es quizás un buen ejemplo. El samaritano vio a alguien tirado en el piso, porque lo habían robado y lo ayudó. La misericordia (en latín es sentir la miseria del otro en el corazón) es cuando el dolor del otro es merecido, pero sin embargo se hace algo para ayudarlo. La parábola del hijo pródigo es quizás el ejemplo paradigmático de ella. El padre perdona a su hijo que hizo algo mal, y lo levanta de su miseria. ¿Pero por qué es tan controversial y antipopular? Porque muchas veces puede confundirse con la injusticia. “El que hizo algo mal, tiene que pagar”, se repite sobre todo en sociedades cansadas de la injusticia. Pero falta aclarar unos detalles con respecto a la misericordia. Solo se puede practicar la misericordia cuando se tiene una superioridad política, económica y moral con el sufriente. Es decir, no se puede ser misericordioso con alguien que ostenta el poder. Por lo tanto, para que haya misericordia debe haber primero justicia. Segundo, en la Biblia, la misericordia tiene dos sentidos según las traducciones del hebreo: el perdón a alguien que no se lo merece y la ayuda concreta a los pobres y excluidos. Una no puede ir en contra de la otra.

El populismo de derecha y de izquierda fomenta la confrontación antimisericordiosa, contra los opositores, los inmigrantes, los disidentes, etcétera. No hay punto de encuentro. Se quieren cambios radicales y se olvidan de que los problemas son estructurales y que se necesita el fortalecimiento de instituciones “neutras”, para no caer al otro lado del péndulo populista. El Papa sabe que sin consensos, los cambios son retrocesos y no avances. Pero lamentablemente, como el Papa es antipopulista, tiene que recibir el ataque popular de los diferentes grupos sociales, muchas veces contradictorios entre sí. En un tiempo en que el péndulo político se mueve más radicalmente y las ideologías parecen justificar este movimiento, se necesitan líderes y pensadores que reduzcan la velocidad del zigzag. Seguramente estas personas no serán populares por su antipopulismo. Pero de lo contrario, en el péndulo quedarán excluidos como siempre los más vulnerables, los pobres.

*PHD por la Universidad de Georgetown.